

La noche de Noli

VISIÓN CÓSMICA DE GIORDANO BRUNO

POR MIGUEL ÁNGEL PÉREZ DE OCA

Año de gracia de 1578 en la playa de Noli, al noroeste de Italia.

Estaba anocheciendo. Las mansas olas morían a los pies de un hombre de unos treinta años que se arrebujaba en su capa, protegiéndose de la humedad. Era un individuo de baja estatura y ademanes impacientes. De vez en cuando, su mirada se clavaba en las lejanías celestes mientras los cabellos le flotaban al viento, descubriendo al despeinarse claridades que delataban la recién abandonada tonsura. Un descuidado bigote trataba de ocultar su personalidad. El maestro Filippo, profesor particular de Lógica, Matemáticas y Astronomía en las casas ricas de la vecindad, era en realidad un proscrito por el Santo Oficio. La Iglesia lo conocía como fray Giordano Bruno y le acusaba de arrianismo, aunque su verdadero pecado, que él no negaba en absoluto, era el de reclamar el derecho a pensar y discutir libremente y poner en cuestión cualquier cosa divina o humana.

Bruno, de portentosa memoria, recitaba mentalmente capítulos enteros de sus autores preferidos: Erasmo, Nicolás de Cusa, Ramón Llull, Ficino, Pico de la Mirandola, Copérnico... Decía Nicolás de Cusa que el Universo, necesariamente, ha de ser infinito, sin centro ni bordes, pues todo aquello que hubiera más allá de las estrellas, aunque fuera espacio vacío, también sería Universo. El viejo cardenal no creía en las esferas celestes cristalinas, y se imaginaba a la Tierra girando sobre su eje cada veinticuatro horas, movida para siempre en su rotar por el ímpetu inicial de la creación, ese *ímpetus* divino del que hablaba Filopón. La Luna, los planetas y el Sol sufrirían la influencia de ese ímpetu y, como cautivos de un remolino celeste, serían arrastrados en un giro eterno alrededor de nuestro mundo, tanto más lentamente cuanto más lejanos estuvieran de él; y más lejos aún, las estrellas fijas ya no participarían de movimiento alguno y permanecerían eternamente quietas en el espacio. Pero, ¿qué había más allá del firmamento estrellado? Y el cusano se imaginaba que tras las estrellas, allá

donde la vista no alcanzase, otros infinitos mundos habitados por mortales, movidos por el ímpetu de Dios y rodeados de planetas viajeros, soles y lejanas estrellas, darían gloria a su Creador...

“BRUNO, DE PORTENTOSA MEMORIA, RECITABA MENTALMENTE CAPÍTULOS ENTEROS DE SUS AUTORES FAVORITOS”



“¡Qué visión tan magnífica! -se decía Bruno. Aunque Copérnico ha puesto las cosas en su sitio. La Tierra no solo gira sobre su eje, también da vueltas como un planeta más alrededor del Sol, que es el verdadero centro del sistema. Así, todo encaja, se explican las retrogradaciones planetarias, la marcha pareja de Venus y Mercurio con el Sol, y tantas otras cosas... Pero Copérnico está en cierto modo atado a la filosofía clásica de Aristóteles; ha cambiado el centro del Universo, pero sigue creyendo en las esferas cristalinas, en las deferentes y los forzados epiciclos, en un Mundo artificial, finito y cerrado”.

La oscuridad ya era total y en lo alto se pintaba la silueta inquietante de la Vía Láctea. Bruno aguzó la mirada. “Si fuera posible

atisbar los otros mundos, más allá de la bóveda celeste, se podría reconocer su estructura copernicana, los soles en el centro y alrededor planetas como la Tierra, como Júpiter, rodeados de firmamentos de estrellas fijas... Pero quizá están demasiado lejos, o nuestra bóveda celeste es opaca...”.

Y de pronto, ¡¡DE PRONTO!!-, un violento escalofrío recorrió la espalda del fugitivo.

Algo estalló en el interior de su cabeza. Maravillado y aterrado a la vez, vio cambiar radicalmente su propia interpretación del Universo que tenía ante sus ojos y que ahora adoptaba otra forma, más real a la vez que más fantástica, sin haber cambiado de imagen. La evidencia fue tan aplastante que no comprendía cómo el cusano o el polaco no la descubrieron en su día; cómo nadie hasta entonces se había dado cuenta. “¡Están allí! ¡Los otros mundos están allí! Los otros mundos que profetizó el cardenal de Cusa son, precisamente, las llamadas estrellas fijas. No forman un enjambre esférico a nuestro alrededor. No están iluminadas por el Sol. Son, ellas mismas, lejanísimos soles, rodeados con toda seguridad de planetas remotos e invisibles”.

Por fin un mortal había comprendido cómo es el cielo, ese cielo que siempre estuvo sobre la cabeza de los humanos sin que nadie supiera desentrañar su misterio. Nunca en la Historia se ha

“MARAVILLADO Y ATERRADO, VIO CAMBIAR RADICALMENTE SU PROPIA INTERPRETACIÓN DEL UNIVERSO QUE TENÍA ANTE SUS OJOS.”

dado ni se dará jamás un momento más hermoso. Nunca sabio alguno habrá sufrido una conmoción tan brutal y maravillosa en su espíritu. A partir de entonces y para siempre, dentro de mil años o mil siglos, cada vez que unos ojos inteligentes miren hacia arriba, verán el cielo que vio Bruno en la noche de Noli.

Por vivir un momento como aquel, vale la pena morir en la hoguera.